

Una Vida Buena - Parte 12

Sentados en Su Mesa

INTRO

El pasaje que observaremos hoy **Lucas 24:13-35** narra la escena del **Camino a Emaús**. Ocurre el mismo día de la resurrección de Jesús, cuando **dos discípulos desanimados** viajan de Jerusalén a una aldea llamada *Emaús*, situada a unos **60 estadios** (aprox. 11 kilómetros) de distancia.

Uno de los discípulos se llama Cleofás, y el otro permanece anónimo. Lucas posiblemente omite su nombre para que cualquiera de nosotros pueda identificarse con él. Ambos están abatidos por la crucifixión de Jesús y confundidos ante los rumores de la tumba vacía (vv.19-24).

Lucas 24:13-35 NVI

13 Aquel mismo día, dos de ellos se dirigían a un pueblo llamado Emaús, a unos once kilómetros de Jerusalén. 14 Iban conversando sobre todo lo que había acontecido. 15 Sucedió que, mientras hablaban y discutían, Jesús mismo se acercó y comenzó a caminar con ellos; 16 pero no lo reconocieron, **pues sus ojos estaban velados**.

17 —¿Qué vienen discutiendo por el camino? —preguntó.

Se detuvieron, cabizbajos. 18 Uno de ellos, llamado Cleofas, le dijo:

—¿Eres tú el único peregrino en Jerusalén que no se ha enterado de todo lo que ha pasado recientemente?

19 —¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó.

Ellos respondieron:

—Lo de Jesús de Nazaret. Era un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo. 20 Los jefes de los sacerdotes y nuestros gobernantes lo entregaron para ser condenado a muerte y lo crucificaron; 21 pero nosotros abrigábamos la esperanza de que era él quien redimiría a Israel. Es más, ya hace tres días que sucedió todo esto. 22 También algunas mujeres de nuestro grupo nos dejaron asombrados. Esta mañana, muy temprano, fueron al sepulcro, 23 pero no hallaron su cuerpo. Cuando volvieron, nos contaron que se les había aparecido unos ángeles quienes les dijeron que él está vivo. 24 Algunos de nuestros compañeros fueron después al sepulcro y lo encontraron tal como habían dicho las mujeres, pero a él no lo vieron.

25 —¡Qué torpes son ustedes —les dijo—, y qué tardos de corazón para creer todo lo que han dicho los profetas! 26 ¿Acaso no tenía que sufrir el Cristo estas cosas antes de entrar en su gloria?

27 Entonces, comenzando por Moisés y por todos los Profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.

28 Al acercarse al pueblo adonde se dirigían, Jesús hizo como que iba más lejos. 29 Pero ellos insistieron:

—Quédate con nosotros que está atardeciendo, pronto será de noche.

Así que entró para quedarse con ellos. 30 Luego, estando con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. 31 Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, **pero él desapareció**. 32 Se decían el uno al otro:

—¿No ardía nuestro corazón mientras conversaba con nosotros en el camino y nos explicaba las Escrituras?

33 Al instante se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén. Allí encontraron a los once y a los que estaban reunidos con ellos. 34 «¡Es cierto! —decían—. El Señor ha resucitado y se le ha aparecido a Simón».

35 Los dos, por su parte, contaron lo que les había sucedido en el camino y cómo habían reconocido a Jesús cuando partió el pan.

Históricamente, la expectativa judía del siglo I sobre el Mesías no incluía un Mesías sufriente; esperaban una liberación política gloriosa. Por eso, la idea de un Mesías que debía morir resultaba desconcertante y contraria a sus esperanzas.

Trans - Los discípulos van conversando tristes, y Jesús se hace su compañero de camino sin que ellos lo reconozcan (v.16).

1: JESÚS NOS ACOMPAÑA Y NOS ENSEÑA AÚN SIN NOSOTROS RECONOCERLO

- Lucas nos dice que “sus ojos estaban velados” para que no le conocieran. Esto tiene precedentes bíblicos; por ejemplo, Abraham recibió a tres viajeros sin saber que eran mensajeros celestiales. Aquí, la narrativa sugiere que Dios ocultó la identidad de Jesús con un propósito de enseñanza, para revelar gradualmente la verdad.
- También podemos ver un aspecto psicológico: la **pena y la incredulidad** pueden nublar la visión espiritual. Los discípulos estaban tan enfrascados en su dolor y decepción (“nosotros esperábamos...” – v.21) que eran incapaces de ver a Jesús incluso cuando estaba a su lado.
- Lucas acentúa la ironía: Cleofás pregunta con asombro si aquel desconocido es el único peregrino que ignora lo sucedido en Jerusalén (v.18). Jesús – a quien todo le aconteció – aparentemente “no está al corriente”, y les invita a contarlo. Con paciencia pastoral, Él escucha su relato de los hechos. Toda la **tragedia de la cruz** y la confusión posterior

salen a flote en las palabras de los discípulos. Jesús camina en silencio primero, luego hace preguntas (v.17, v.19), dejándoles expresar su dolor. Podemos imaginar al Señor conteniendo una sonrisa compasiva cuando le preguntan “¿eres tú el único que no sabe lo ocurrido?” Él sabía perfectamente lo ocurrido – ¡le pasó a Él mismo! – pero finge ignorancia para hacerles hablar y así revelar la profundidad de sus anhelos y temores.

- Este caminar sin reconocimiento nos enseña una lección sutil: **Jesús puede estar presente junto a nosotros aun cuando no nos damos cuenta.** Dios a veces camina “incógnito” con sus hijos en medio del duelo y la duda.
- En el relato, Jesús no fuerza su compañía; hace “el aguaje” de seguir adelante si no se le invita (v.28). Respeta la libertad de los discípulos de invitarlo o no. De igual modo, hoy Jesús espera que le abramos espacio en nuestro andar cotidiano. Es posible que Jesús esté *frente a nosotros, acompañándonos en cada paso, y nuestros ojos permanezcan impedidos de verlo; por eso debemos pedir a Dios que abra nuestros ojos para reconocer a Jesús presente con nosotros.*
- **Esta primera escena nos anima a confiar en que, aunque no lo veamos, Jesús camina a nuestro lado en la oscuridad del desencanto.**
- Porque algo queda claro en este pasaje: **Puedes conocer la Escritura, y aún así no reconocer al Autor. Porque el conocimiento sin comunión no abre los ojos.**

2: ES EN LA MESA, QUE JESÚS SE REVELA

“Y aconteció que, estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y les dio.”

—Lucas 24:30

- En el momento en que **partió el pan**, sus ojos fueron abiertos.
- No cuando explicó las Escrituras, sino **cuando compartió la mesa.**
- ¿Por qué **partir el pan** fue el impulso para reconocimiento? Posiblemente, la forma en que Jesús realizó la bendición y fracción del pan era familiar y les recordó otras ocasiones (como la alimentación de los cinco mil o la Última Cena). Puede que en ese momento vieran las **heridas** en sus manos al extender el pan, dándose cuenta de quién era el desconocido. Realmente esto es todavía un misterio.
- En todo caso, Lucas nos dirige a una causa profunda: **Dios abre sus ojos.** La mesa compartida se convierte en lugar de revelación divina. Los discípulos pasan de la ceguera a la visión: ahora *ven* verdaderamente a Jesús presente con ellos.

Hoy la mesa (la vida compartida y en comunidad) es donde:

- Se comparte el pan y se comparte la gracia.

- Las heridas se escuchan.
- El cielo toca lo cotidiano.
- La presencia de Jesús se vuelve tangible.

Trans - Y cuando lo reconocieron... **desapareció**.

3. Ahora tienen la certeza de que Cristo está con ellos, aunque invisible.

- Cuando lo reconocen, Jesús desaparece de su vista (v.31b). Ya no le ven físicamente, **pero no hace falta**: ahora tienen la certeza de su presencia viva. Cristo está con ellos, aunque invisible.
- Esto mueve inmediatamente a los discípulos a la acción: llenos de gozo y urgencia, “levantándose en esa misma hora” (ya de noche) regresan los 11 km a Jerusalén para contar a los Once lo ocurrido (v.33).
- La tristeza ha sido reemplazada por entusiasmo evangelizador. Al llegar, los apóstoles les reciben con la noticia: “*¡Es verdad, el Señor ha resucitado y se le apareció a Simón!*” (v.34). Los dos de Emaús entonces comparten su propio testimonio de cómo le reconocieron al partir el pan (v.35). Así, la comunidad de discípulos es reanimada mutuamente con apariciones convergentes.

“¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros mientras nos hablaba en el camino...?”

—Lucas 24:32

- La imagen del **corazón ardiente** indica que la Palabra de Dios, iluminada por Cristo, encendió la fe y la esperanza en ellos, aun antes de reconocer físicamente a Jesús. Aquí aprendemos que el encuentro con Cristo resucitado ocurre también por medio de la **Palabra escrita**: cuando las Escrituras “se abren”, nuestro interior puede arder con fe viva.
- Los discípulos todavía no sabían que era Jesús quien les explicaba, pero la verdad misma les estaba devolviendo la ilusión perdida.
- En términos pastorales, Jesús modela cómo acompañar a quienes dudan: primero escucha su dolor, luego los guía a la **revelación bíblica** que da sentido a ese dolor. Así transforma su perspectiva: de la desesperanza a la comprensión de que la cruz era parte del plan redentor de Dios.

- Muchos caminan con un corazón ardiendo... pero todavía con los ojos cerrados. El fuego en el pecho es una señal... pero **es en la mesa donde todo cobra sentido.**
- **La vida a la mesa** no es un programa. Es la forma de experimentar el Reino.
- No es solo escuchar a Jesús... es **compartir con Él y compartir con otros.**
- No es solo aprender doctrina... es **partir el pan recordandolo a Él con otros.**
- No es solo saber quién es... es **sentarse con Él y con otros.**

CONCLUSIÓN - Una invitación a sentarse con Jesús hoy

- **El relato de Emaús no es solo una hermosa anécdota del pasado; es una invitación viva para nosotros hoy.**
- Cada uno de nosotros, en algún momento, **ha caminado su propio “Emaús”:** **trayectos de tristeza**, dudas o sueños rotos, en los que no logramos ver a Jesús a nuestro lado. Él escucha nuestras quejas y comprende nuestras esperanzas frustradas. Y del mismo modo que con Cleofás y su compañero, **Jesús nos explica las Escrituras hoy por medio del Espíritu Santo, encendiendo nuestro corazón con fe cuando meditamos en su Palabra.**
- Este relato nos exhorta también a invitar a Jesús a “quedarse” en nuestra casa y en nuestra mesa. En la prisa de la vida cotidiana, Jesús a veces se nos aparece de formas inesperadas – tal vez en la persona necesitada, en el amigo que busca consuelo, o en el domingo en la iglesia – y espera nuestra invitación. “Quédate con nosotros, Señor” es la invitación que nos toca hacer. **Si la hacemos nuestra, descubriremos que Él entra y cena con nosotros, trayendo revelación y comunión** en cada espacio de vida compartida en comunidad: en nuestras mesas, cuando nos unimos en su nombre, cuando servimos a los necesitados como lo hemos estado haciendo toda esta semana, Jesús mismo se hace el anfitrión invisible que parte el pan y se da a conocer.
- Así como aquellos discípulos pasaron del desaliento a decir: “*¡El Señor ha resucitado!*” (v.34), Él nos invita a su mesa para revelar su amor y resucitar nuestra esperanza.

LLamado: Hoy tú puedes aceptar su invitación.
 Acércate con un corazón ardiente a las Escrituras,
 y con sencillez al partimiento del pan en comunidad.
 Porque al hacerlo, tus ojos espirituales se abrirán cada vez más
 para reconocer a Jesús —el Viviente—

caminando a tu lado y compartiendo el pan contigo...
hoy y todos los días.

- Que cada mesa en tu vida se convierta en Emaús:
un lugar de encuentro con el Cristo resucitado.
Un lugar donde ya no caminas solo,
sino acompañado por Aquel que siempre ha estado ahí.